

Aquél, pues, cuyas palabras son verdaderas, de suerte que no es lícito dudar de ellas, la noche que fué entregado á los judíos, tomó pan, lo partió, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: Éste es mi Cuerpo que se ha dado por vosotros etc. Finalmente, nos ha asegurado muchas veces que este pan y este vino eran su Cuerpo y su Sangre. No digáis que esto es una parábola, una historia ó una metáfora... No debemos juzgar de los misterios de la Religión según nuestras luces, porque nuestro entendimiento no los puede comprender y menos hallar palabras para explicarlos, que esas son cosas misteriosas y espirituales que Jesucristo, soberanamente sabio, nos ha traído y que no se las puede entender con razonamientos filosóficos.»

Hacia 1050 encontramos en Constantinopla un monje del monasterio de Stude tan aplicado á los estudios como el anterior prelado (circunstancia muy digna de notar en unos tiempos á los que la monomanía de algunos historiadores ha querido calificar de *tiempos de barro ó de hierro*). Se llamaba Nicetas Pectoratus, quien tuvo larga y acalorada discusión, acerca de la Eucaristía, con el cardenal Humberto, legado de León IX, en aquella capital, con objeto de arreglar las diferencias existentes entre griegos y latinos. Nicetas explicó claramente la fe de la Iglesia griega acerca de la transubstanciación, por lo que decía: «El santo y vivificante Espíritu permanece en la carne de Jesucristo vivificada, y nosotros comemos esta carne en el pan que es cambiado por su Espíritu (1) y hecho el Cuerpo de Jesucristo. Nosotros vivimos en Él como que comemos su carne viva y deificada.»

Abraham Echelense cita, asimismo, pasajes de religiosos egipcios cuya declaración de fe eucarística es tan sana y hermosísima como la pudiera dar un Doctor de la Iglesia Católica.

Ahondemos todavía más en el asunto; así como los móviles que impulsaron á Focio para declararse contra el Papa

(1) Alude á la invocación del Espíritu Santo que se practica antes de la consagración.

fueron la vanidad y la ambición, los que, en 1043, arrastraron á Miguel Cerulario, legítimo patriarca de Constantinopla, al profundo abismo del cisma, fueron á más de la vanidad el orgullo insensato. Sobre la cátedra patriarcal aspiraba á fundar una sede pontificia; soñó, como su predecesor, en llamarse ecuménico, y como para dar alguna realidad á sus tristes sueños le era indispensable pretextar algo que tuviera apariencias de verdad, he ahí por que presumiera condenar á los occidentales por ayunar en sábado, no cantar Aleluya en Cuaresma, consagrar con pan ácimo y usar la palabra *Filioque* en el símbolo. No está ahora mi deber en manifestar que todas estas infundadas acusaciones fueron valientemente refutadas, hasta dejar al travieso patriarca reducido al silencio, y que á pesar de estas indispensables medidas todavía éste persistió en su luciferina actitud; pero sí es mi obligación insistir en que, así como Focio, Miguel Cerulario jamás fundó sus pretextos de cisma en la verdad del dogma eucarístico, dogma que nunca llegó á poner en duda. De lo que deducimos que la Iglesia cismática oriental prosiguió en lo sucesivo adorando á Jesucristo Sacramentado, según podremos examinar en las declaraciones de los escritores orientales cismáticos posteriores á estos tiempos.

Echmini, jacobita egipcio que vivió en los tiempos de referencia, en el capítulo 14 de la Colección de sus cánones, después de confesar con la Iglesia latina la fe de la Eucaristía, propone una cuestión acerca de las partículas consagradas, preguntando si hay alguna diferencia entre las grandes y las pequeñas. Y responde de esta manera: «Es cierto, y todos los cristianos están de ello firmemente persuadidos, que la Eucaristía, siendo consagrada por el ministerio de un sacerdote ortodoxo, es el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, conforme á la verdad de aquellas palabras dichas por Él: Éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre. No hay, pues, á este respecto diferencia alguna entre las partículas grandes y pequeñas, porque una partícula de este Cuerpo Santo por pequeña que se la suponga, y aunque sea imperceptible á la simple vista, es de tan gran dignidad y tan preciosa como

las más grandes, porque Jesucristo está unido á ella por una unión tan íntima como lo está á las demás».

Eutimio Zigabenus, religioso griego de principios del siglo XII, se expresa de esta manera: «Así como el Antiguo Testamento poseyó hostias y sangre, otro tanto posee el Nuevo, que son el Cuerpo y la Sangre del Señor. No ha dicho Jesucristo: esas cosas son signos de mi Cuerpo y de mi Sangre, sino que ha dicho: Esas cosas son mi Cuerpo y mi Sangre. No hay, pues, que considerar la naturaleza de las cosas que se ponen sobre el altar, sino su virtud. Porque de la misma manera que el Verbo deifica (si es lícito usar esta palabra) la carne á la cual se ha unido de un modo sobrenatural: así también cambia por medio de una operación inefable el pan y el vino en su propio Cuerpo y Sangre».

Elías, prelado nestoriano de Jerusalén, primero, y patriarca católico de Babilonia en 1100, en una exposición compendiada de la Religión Cristiana, según la creencia de los nestorianos, dice lo siguiente: «El segundo precepto que ha sido propuesto á los cristianos es la Eucaristía, que es un ministerio sagrado de Religión, en el cual, por medio de las cosas corporales, los más pequeños se acercan al Máximo, y los flacos al que es poderoso, con la esperanza de obtener el perdón de sus pecados y todo lo que piden. Los antiguos ofrecían en sus sacrificios animales y la sangre de las víctimas. Pero el evangelista nos enseña que entre los cristianos, habiéndose manifestado el Verbo divino por la humanidad que tomó de su Madre, estableció su Cuerpo para que fuese el sacrificio que debía ser ofrecido á su Padre para la vida del mundo... Mas como era imposible reiterar este divino sacrificio en la manera y forma que se había ofrecido en la cruz por la salvación de todo el mundo; Dios, por una gran bondad hacia el género humano, les concedió que en sustitución de la Ley de los sacrificios por la inmolación de animales se estableciese otro mucho más excelente. Por esta razón, la noche que había resuelto entregarse para la redención y salvación de todo el mundo, á fin de confirmar la certidumbre de la resurrección y la verdad de las promesas de

la beatitud eterna, conforme á lo que dice el Evangelio, tomó pan en sus manos puras y santas, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciéndoles: Éste es mi Cuerpo que ha sido destrozado por la vida del mundo y para la remisión de los pecados. Inmediatamente, habiendo mezclado vino y agua en el cáliz, dió gracias encima y dijo: Ésta es mi Sangre del Nuevo Testamento que ha sido derramada por muchos etc.; tomadlos, pues, todos; comed de este pan y bebed de este cáliz y haced lo mismo cuando os reunáis para celebrar mi memoria. Estas palabras santas son el firme apoyo de la fe de los que las reciben, que purifican su conciencia y procuran su salvación. Nosotros celebramos este Misterio por el auxilio del poder del Espíritu Santo que nos acompaña y (los dones) son cambiados de su primera naturaleza y son convertidos el pan en el Cuerpo Santo de Jesucristo y el vino en su Sangre preciosa que nos procuran la remisión de nuestros pecados, la pureza y la santidad, la luz y la firmeza de la esperanza de la resurrección, la herencia del Reino de los cielos, la vida eterna y las delicias verdaderas».

Nicolás, obispo de Methona en Magnesia, hacia 1130, gran adversario de los latinos, preguntaba. «¿De dónde pensáis que trae su origen este Sacramento místico é incruento en el cual creemos que el pan y el cáliz, una vez consagrados, se cambian en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo?» y se contesta: «¿No es de nuestro Dios y de Nuestro Señor Jesucristo como nos lo enseñan los santos evangelios?... Lo que se obra en este Misterio es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. ¿Quién será asaz insolente y temerario para adelantar novedades contra esta santa tradición para acusar el Misterio de falsedad y para destruir así al que es su Autor é Institutor?...»

No está menos elocuente Zonaro, monje griego del siglo XII, quien, escribiendo á un hermano suyo sobre la viva disputa que en su tiempo se trataba acerca de la incorruptibilidad ó corruptibilidad de la Eucaristía, manifestaba su opinión en esta forma: «Unos dicen que es incorruptible por-

que comunica la vida eterna, y otros añaden que es corruptible porque se la come y se la rompe con los dientes; pero ambas proposiciones pueden sostenerse en sentido católico; porque siendo el pan que se ofrece en los Misterios la misma Carne de Jesucristo, y pudiendo decirse ésta corruptible en el sentido de que fué destrozada por los judíos, sucumbiendo por fin á la muerte: así puede decirse otro tanto de la Eucaristía en cuanto que es dividida con los dientes y baja al sepulcro del estómago; mas siendo la Carne de Cristo incorruptible por cuanto que el Santo no experimentó corrupción, saliendo ileso del sepulcro: otro tanto sucede á la Eucaristía, la cual vuelve al estado de incorruptibilidad. Por eso los que salen de esta vida, después de haber participado con la conciencia pura de los Santos Misterios de Cristo, son, como enseña S. Juan Crisóstomo, arrebatados por los ángeles á causa de la Eucaristía que han recibido».

Floreció en este mismo siglo Dionisio Barsalibi, obispo jacobita de Constancia, (Mesopotamia) el cual, sobre el capítulo 6.º de S. Juan dice lo siguiente: «Los Sagrados Misterios se llaman el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, porque no son lo que parecen, esto es: pan y vino, sino que así como Jesucristo exteriormente sólo parecía hombre y sin embargo era Dios: así también los Misterios sólo parecen á nuestros ojos pan y vino y son sin embargo el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo».

Finalmente, Juan Abuzacharía, autor jacobita, en una exhortación propia para los comulgantes dice (1): «Puesto que Jesucristo nos ha mandado comer su Cuerpo y beber su Sangre, y puesto que por este medio podemos llegar á la vida eterna, ¿en qué pensamos cuando por negligencia nos abstenemos de comer su Cuerpo y de beber su Sangre, lo que haría que permaneciésemos en Él y Él en nosotros, según su promesa y que viviésemos por Él? Sabed pues, hijos de la Iglesia Cristiana, establecidos sobre la piedra de la fe ortodoxa que en Él tenéis, que cualquiera que come

(1) Tratado de la Ciencia eclesiástica, cap. 84.

de este pan que ha sido hecho Carne por mi ministerio, miserable como soy, y que bebe de este cáliz que ha sido hecho Sangre por el descendimiento del Espíritu Santo sobre Él y por el cambio que lo ha transferido de la naturaleza del vino á la substancia de la Sangre y que los recibe dignamente, permanece en Jesucristo y Jesucristo permanece en Él.»

III

Según los notables documentos que anteceden, podemos asegurar que hasta el siglo XII inclusive, la Iglesia Oriental cismática creyó católicamente el adorable Misterio del Altar; mas: ¿siguió esta misma laudable conducta en los siglos posteriores? Veámoslo:

Tenemos á la mano una prueba magnífica ofrecida por la Historia Eclesiástica que consiste en el Concilio Ecuménico de Lión, celebrado en 1274. Á esta universal asamblea acudieron los embajadores y obispos orientales, quienes, vencidas previamente muchas dificultades, venían, según dijeron, á prestar libremente obediencia á la Iglesia Romana y profesar una misma fe con Ella. En efecto, el día de S. Pedro asistieron dichas entidades á la Misa del Papa, circunstancia digna de notarse en lo que á nuestro propósito respecta, porque si alguna diferencia en la fe de la Eucaristía hubiera habido, ó no hubieran asistido al Sacrificio ó debieron levantar terrible marejada, lo cual no sucedió. He ahí por que la tan suspirada Unión pudo verificarse, confesando públicamente los orientales, la fe sobre la verdadera filiación del Espíritu Santo, asunto principal de su vergonzoso cisma.

Rota de nuevo la Unidad católica por nuestros hermanos del Oriente, se trabajó de nuevo con inusitado entusiasmo para conseguir su armonía con la Iglesia Romana, y satisfactoriamente: en 10 de Enero de 1439, fecha en que tuvo lugar la décima sesión del general Concilio de Florencia, llegóse á perfecto acuerdo, á cuyo tiempo dieron á entender los orientales que la fe de la Santa Eucaristía jamás había constituido la causa de su separación.

Por desgracia, la ventajosa Unión duró poco tiempo. A todo este cúmulo de males se agregó á los cismáticos otro mal temporal inmenso que no dejó de ser altamente providencial. En 1453, Constantinopla cayó en poder de los turcos, y por más que á aquéllos se les dejó en completa libertad para ejercer las funciones del divino culto, empero aquí comenzaron, podemos asegurar, las horribles tentaciones contra su fe eucarística.

Los protestantes que á viva fuerza pretendieron imponer á las muchedumbres sus perversas reformas, no contentos con los inmensos é irreparables daños que en Alemania é Inglaterra habían causado á la hermosa grey del Salvador, intentaron sorprender la tranquilidad de los orientales cismáticos arrancándoles una profesión de fe eucarística igual ó parecida á la suya. Primero quisieron lograr sus malvados fines por medio de una humildad fingida. Á este fin, en 1574, los teólogos de Wutemberg remitieron un ejemplar de la Confesión de Ausburgo á Jeremías, patriarca de Constantinopla, suplicándole les mandase decir su parecer sobre la misma, y este cismático prelado, convencido de su fe católica, no titubeó responder de la siguiente manera: «El artículo 10 de la Confesión de Ausburgo trata de la Cena del Señor, pero con mucho laconismo y, para decir la verdad, con alguna obscuridad; porque á este propósito se nos dicen muchas cosas de vosotros que desaprobamos. La Iglesia Católica (esto es griega) enseña que después de la Consagración el pan se cambia por el Espíritu Santo, en el Cuerpo mismo y en la misma Sangre del Señor; pero es preciso que esto se haga con pan fermentado y no con pan ácimo, porque aquél es el verdadero pan. Porque el Señor, la noche en que fué entregado, tomando pan fermentado y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed». No les dijo: «Esto es un ácimo» ó «ésta es la figura de mi Cuerpo», sino que les dijo: «Éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre». No que la Carne de que estaba revestido el Señor les hubiese sido dada entonces á los apóstoles para que la comieran, ó su Sangre para que la bebieran... sino que en-

tonces, en la Cena del Señor y ahora, en nuestro Sacrificio, por la gracia y por la operación del Espíritu Todopoderoso, por las preces sagradas y por las palabras del Señor, el pan se cambia y convierte en el Cuerpo mismo de Jesucristo y el vino en su propia Sangre».

La confesión católica del cismático Jeremías no podía ser más franca, ni menos contraria al perverso conato de los sacramentarios. Empero, lo que en este prelado no pudieron conseguir los halagos, lo obtuvieron los donativos (que siempre las dádivas quebrantaron peñas) de un embajador de Inglaterra ó de Holanda, ofrecidos á Cirilo Lucar sucesor de aquel patriarca. Aquí padeció total eclipse la fe, llamémosla oficial, de los cismáticos; y la denominó oficial porque todo el Oriente detestó clamorosamente, según después veremos, la conducta infame del pastor constantinopolitano. Este lobo rapaz se atrevió á publicar una profesión de fe sobre la presencia real conforme á la de los protestantes. El gran delito, en efecto, respecto á la fe eucarística estaba consumado; mas no tardó mucho tiempo, porque era imposible que tardase, en que semejantes declaraciones fuesen unánimemente proscriptas en un Sínodo que, en 1638, reunió en Constantinopla Cirilo de Bereé, sucesor de Cirilo Lucar. Como es consiguiente en toda clase de acaloradas disputas sobre cuestiones dogmáticas, alguna levadura sacramentaria debió quedar en el Oriente, por cuanto que en 1642 se celebró otro Sínodo bajo la presidencia de Partenio, sucesor de Bereé, en el cual fueron nuevamente condenados los errores antieucarísticos de Cirilo Lucar. Mas no quedó con esto satisfecho el celo de los cismáticos por el Sacramento Santísimo, porque tanto en 1668, que reunieron un Concilio en Jerusalén, como en 1672 que lo congregaron en Belén para consolidar la fe eucarística, reprobaron otras tantas veces los errores protestantes y cantaron acordes un precioso himno á Jesucristo Sacramentado (1).

No hay para qué repetir que la unidad de creencias entre

(1) Las actas de ambos Concilios se conservan todavía en la biblioteca de S. Germán de Pres.

los latinos y los griegos, entre nuestros hermanos de occidente y los de oriente se patentiza á todas luces. Á pesar de los rompimientos de la iglesia cismática rusa con el Oriente, erigiendo aquélla en S. Petersburgo un patriarcado; no obstante que los obispos de Grecia se constituyeron independientes de Constantinopla con la creación, en 1833, del Sínodo de Atenas; y al través de tantas amargas vicisitudes por que tiene que atravesar el Oriente cismático, su fe eucarística es firme como las rocas del mar. No importa, no, que la ignorancia musulmica pretenda mañosamente atraerlos á su falso profeta; no importa, no, que el dolo protestante ensaye repetidas veces abatir su constante ánimo para que, abandonando las creencias católicas, se aliste en las sacramentarias; no importan, no, los escándalos continuos producidos por los mismos cismáticos que á no ser por milagro hubieran acabado con la fe del Oriente: el hecho es y esto no puede negarse, que á pesar de todo esto y por encima de todo esto la fe oriental en la Eucaristía brilla como siempre en la celebración del Sacrificio de los altares, en la adoración de la Hostia consagrada y en los sagrarios que la custodian, como se patentiza asimismo en los misales, rituales, obras teológicas, cartas pastorales, controversias etc. etc. de sus prelados. Pero aún hay más. Hoy, se advierte entre los cismáticos un movimiento de progresión hacia la Iglesia Católico-Romana. En 1888 escribía un ruso en una obra dirigida á sus correligionarios: «La necesidad de un retorno á la unidad cristiana se deja sentir»; muchos de los del pueblo oriental cismático aspiran por eso mismo. Sus jefes eclesiásticos son los que no acaban de resolverse por la Unión, ya que les entristece la idea de la supremacía papal, de la que abrigan un convencimiento absolutamente erróneo. Dicen que nosotros, los católicos, tenemos y adoramos al Papa como á Dios, cuando lo que hacemos y debemos hacer es tenerle y venerarle como á Vicario de Jesucristo, el Hombre-Dios. Y ya que este santísimo Vicario de Cristo nos anima en sus magistrales documentos á rogar por la unión de los cismáticos, y ya que en éstos se notan

algunas buenas disposiciones en pro de la misma causa, roguemos por el Oriente heterodoxo; y que sea la Eucaristía, en la cual creen profundamente y á la que adoran con temor, su esperanza salvadora, el faro luminoso que luzca en sus inteligencias, el impulso divino que les mueva á unirse con nosotros y el divino lazo de una perfecta caridad que trabe fuerte y constantemente á ellos y á nosotros con ellos, para que acaben de evidenciar ante el mundo que su fe es nuestra fe, que sus obras son las nuestras y que los protestantes nada tienen que esperar de los cismáticos orientales más que el desdén ante el mundo y la compasión ante Dios.